

LA GUERRA DE CUBA EN UN RELATO OLVIDADO DE EMILIA PARDO BAZÁN

Dada la fecundidad creadora demostrada por Emilia Pardo Bazán a lo largo de su vida y su capacidad para adaptarse al medio en que publicaba, observable en su variada obra, sobre todo la destinada a aparecer en la prensa; dada la abundancia de periódicos y revistas de que hacen gala los últimos años del siglo XIX, tanta que resulta hartamente laborioso y arduo para la comunidad investigadora dominar todo el panorama, no es de extrañar que todavía sigan apareciendo, en medios más o menos desconocidos, algún nuevo elemento que contribuya a incrementar el legado literario que hemos recibido de la escritora.

Este es el caso que hoy nos ocupa: la localización de un relato, desconocido hasta la fecha, del que no existía referencia alguna y que no deja de sorprender por su calidad y por las circunstancias en que fue escrito y publicado, de las que derivan el que sea un relato hartamente singular dentro del extenso *corpus* cuentístico de la autora.

El relato lleva por título «Episodio» (un título que repetirá años después, en 1917, para un cuento de tema, personajes y localización totalmente distintos) y narra el episodio de un asalto a un ingenio llevado a cabo por insurrectos durante la guerra que precede a la intervención norteamericana en la isla de Cuba.

El texto en sí, breve y carente de trama, se acerca más al reportaje periodístico que al verdadero cuento, sin prescindir por ello de los elementos narrativos precisos para calificarlo de relato pleno. Este rasgo se debe –quizá– al contexto en que se escribió y publicó, que, además, explica la originalidad temática del mismo,

ya que la guerra de Cuba como tal, tomando como escenario la isla y con personajes isleños, no tiene presencia en la obra de Pardo Bazán.

Esta singularidad, unida a la evidente idealización en la descripción del paisaje, del medio en que suceden unos hechos, plasmados con toda su crueldad, responde a la manera de «contar» la guerra de ultramar que, hasta la aparición de este «Episodio» pardobazaniano, había caracterizado la sección del semanario en que aparece publicado y que ella mantiene en su relato.

«Episodio» aparece en el número 41 del semanario madrileño *Apuntes*, acogido a la sección «Notas de la Guerra». Estas «Notas», presentes en la revista desde el primer número, estaban firmadas por Francisco Navarro y Ledesma y se caracterizaban por el fervor patriótico con que relataban los hechos que el cable telegráfico hacía llegar a la Península. Pero, en el último número del año, el correspondiente al 27 de diciembre de 1896, su firma y artículo son sustituidos por este «Episodio» firmado por Emilia Pardo Bazán. Nunca más, hasta la desaparición del semanario en marzo de 1897 volverá a aparecer ninguna de las dos firmas al pie de las «Notas de la Guerra», lo que hace más excepcional la colaboración pardobazaniana y, quizá, explique el porqué haya pasado desapercibida hasta hoy, ya que ella tampoco consideró conveniente adjuntarla a alguno de los volúmenes de cuentos publicados a partir de esa fecha.

Lo que se deduce de su lectura y tras un cotejo con las «Notas» firmadas por Navarro y Ledesma —que ella, obviamente, debía haber leído— es que, probablemente, recibió el encargo de cubrir con su relato este último número del año del semanario. Y ella, con la profesionalidad de que hizo gala toda su vida, despliega su habilidad como narradora, hace gala de su propio estilo, pero manteniendo ese tono general de las «Notas» a que me he referido más arriba. Que en el caso del «Episodio» se concreta en una visión idílica del campo cubano (¿español?) hollada por la barbarie de los insurrectos.

Una visión nada alejada, por cierto, de la mantenida por tantos otros escritores y que se asomaba con frecuencia a las páginas de la prensa de la época. Una visión en la que huye, conscientemente, de cualquier interpretación crítica del conflicto para centrar la atención en aspectos más humanos, más cercanos al corazón de los lectores. De la que se desprende un sentimiento de dolor ante lo que parece ya una pérdida inminente y que, andando el tiempo y los acontecimientos, aparecerá tácitamente en su abundante producción crítica (en artículos, conferencias, cuentos) sobre el conflicto, sus causas y sus consecuencias.

EPISODIO

La tarde caía, no envuelta en tonos grises derramando vaga tristeza, sino límpida y abrasadora a la vez. El cielo era de un azul de ultramar, franjeado de esas nubecillas grana que anuncian el calor y el buen tiempo: arrebolos que juegan un instante, se van fundiendo poco a poco en tintas de oro fluido, y al morir adquieren un matiz verde, luminoso y delicado. Brisas vivaces y salitrosas venían del mar; pero su hálito, que conseguía refrescar las sienas del hombre, no alcanzaba a mover las hojas de los grandes plátanos ni el follaje lustrado de los naranjos, en tal clima libres de los rigores del hielo, y a la sazón cubiertos de diminutas flores.

En la pureza y sosiego de la atmósfera los perfumes se hacen más intensos: la vainilla difunde su fragancia discreta e insinuante, la magnolia derrama su esencia que turba el corazón, el jazmín doble marea, y el gracioso caracolillo, contorneando sus volutas de amatista y ágata, inunda de aromas las rejas donde cuelgan sus festones. Las palmeras, inmóviles, tienden sus gigantescos abanicos que brotan de un tronco imbricado y panzudo, como un tiburón japonés. El ruido de la fuente, argentino y monótono, parece el ritmo de la pereza dulce y soñadora: a cada gota que recae del surtidor, el pilón de alabastro contesta blandamente, y convidada por aquella nota halagüeña y aquel gentil espejo terso, que sólo desea reflejar una faz hermosa, la luna, grande, clara, redonda como una perla única viene a hacer rielar la superficie del agua y a envolver en sábanas de plata el deleitoso jardín del ingenio.

Resuenan los acordes de un piano: son melodías que se enlazan como los anillos de bien labrada cadena; en ellas habla un espíritu que necesita desahogo, que expresa con la música alegrías inefables, plenitud de gozo, siempre acompañada de esa melancolía que parece presentimiento. Y así que el piano calla, dos figuras aparecen en la baranda de la quinta. Se advina que son dos, pero forman una sola: enlazadas, apoyada la cabeza de ella en el hombro de él, se recuestan en el balconaje todo vestido de floridas enredaderas, y permanecen así, como arrobados por la magnificencia de la noche, el rumor de la fuente, el aire embalsamado y la luna amiga.

Se han casado hace un mes; se han querido casi desde la cuna; son jóvenes, y bajo un cielo de luz, como el que protegió el idilio de Pablo y Virginia, lo renuevan, añadiéndole como embriagador comentario, el delirio de la pasión, sancionado por el santo matrimonio.

En la isla cunde la guerra; no se oye hablar más que de devastaciones, escaramuzas, de epidemias, de sangre vertida, de crímenes y venganzas, de incendios y macheteos; pero los recién casados se olvidan de todo y viven para sí mismos, absortos en una dicha tan grande que no da lugar a la conciencia del peligro. ¿Quién ha de soñar en hacerles daño? Ellos no lo han hecho jamás ni tampoco sus padres lo hicieron: cultivar sus vegas, vivir en sus fincas no es delito. Lo cierto es que un jefe de horda ha dispuesto que se interrumpan las labores agrícolas; pero tanto valdría disponer que no se respirase. ¿No cultivar los fértiles campos, no recoger la miel de la caña y el grano del café? Nadie acatará tales órdenes; serían la ruina, la miseria, el hambre, y es preciso vivir, a despecho de los facciosos y de los bandidos... ¿Qué lejos está de ellos el pensamiento del enamorado en aquella noche deleitosa, todo paz, todo sosiego y olor de flores!

Mas he aquí que *ella*, la del oído fino, la que poco antes recorría el teclado haciéndole expresar la plenitud del corazón, se estremece y se estrecha contra su esposo. No cabe duda; es galope de muchos caballos, es el estrépito de un tropel lo que suena alrededor de la tapia, cerca ya. ¡Virgen Santa, una partida! Él se desprende de los brazos que le sujetan, baja la escalera, llama a sus criados, a sus capataces, pero nadie responde: cruzan sombras por el jardín, gente que huye despavorida; él, entonces, sin armas, ¿de qué le servirían?, se dirige solo hacia la verja; pero ya han saltado la tapia algunos negros machete en puño, y han descorrido los cerrojos, la turba invade el jardín, se lanza hacia la casa profiriendo exclamaciones sardónicas, riendo opacamente, saboreando ya los goces del saqueo, los descubrimientos de botellas y golosinas. Al dueño le rodean, le empujan, le llevan ante el jefe, el diálogo es corto, la sentencia expedita y sin apelación. En el grupo que le arrastra figura una mulata horrible, de seno ovalado y colgante, de boca aulladora; la mulata lleva una sogá ensebada, la enarbola y tiembla de alegría pensando que a la clara luz de la luna no perderá detalle de las supremas convulsiones del ahorcado...

Dentro de la casa suena un chillido que hiela la sangre, y de allí a pocas horas, cuando va desapareciendo la luna, otra claridad, roja y espléndida, alumbra el jardín: es la quinta que arde; las flores del caracolillo y de la vainilla, al envolverlas la llama, se retuercen como cuerpos vivos.

Emilia Pardo Bazán

ÁNGELES QUESADA NOVÁS
REAL SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO